

Un comienzo*

A partir de ahora sabemos que la revolución socialista no es imposible en un país de Europa occidental, y quizás en dos o tres. Ahora conocemos mejor lo que podría ser un proceso revolucionario, y qué condiciones, no reunidas durante la insurrección de mayo, son necesarias para su triunfo.

1. El proceso que, de la protesta a la represión y a la reacción defensiva en contra de esta, condujo a las barricadas del 10 de mayo y luego a la huelga general, presenta cierta semejanza con el esquema insurreccional de tipo castrista.

a) La vanguardia no es una organización política preexistente que guíe y organice a la masa en movimiento; es una minoría actuante que manifiesta por medio de acciones explosivas su rechazo radical y total de la sociedad existente, con el fin de provocar un choque psicológico, de revelar la vulnerabilidad y la podredumbre del orden imperante, y de llamar por medio de acciones *ejemplares*, más que por medio de consignas, análisis o programas, a la insurrección general.

Las barricadas del 10 de mayo, si bien en aquel día fueron el resultado de una convergencia imprevisible de circunstancias, mostraron la eficacia de las acciones de choque, acompañadas de una avalancha de llamados insurreccionales y revolucionarios sobre las masas trabajadoras a las que se sabía descontentas, es cierto, pero cuyo descontento era tenido, desde Duverger hasta Waddock Rochet por puramente «alimenticio» y cuyas reivindicaciones eran presentadas a nivel del puro consumo.

b) Contrariamente a la tesis defendida por algunos de nosotros acerca de la necesidad de mediaciones –u objetivos intermediarios– para hacer surgir la exigencia revolucionaria de un proceso de luchas inicialmente limitadas en sus perspectivas, el carácter inmediatamente revolucionario y ejemplarmente subversivo fue el que provocó la movilización de la clase obrera.

* Editorial de *Les Temps Modernes*, 6 de junio de 1968, tomado de *Pensamiento Crítico*, La Habana, 1969; 25-26: feb.-mar.

El desafío a las fuerzas policiacas, ventajosamente armadas y organizadas, la ocupación de las facultades y del Odeón, la instauración de una contrauniversidad y de un poder estudiantil, fueron ideas que encarnaron inmediatamente en actos ejemplares, y estos actos tuvieron poder de convicción y de movilización muy superior a los métodos tradicionales de agitación y propaganda. No solo demostraron prácticamente la *posibilidad* de transformar el orden establecido al nivel de una de sus instituciones principales, sino que ellos mismos fueron su *negación* positiva.

Mientras que el 13 de mayo las consignas cegetistas, comunistas y de la federación no eran más que «aumentadnos los salarios», «queremos las 40 horas», «gobierno popular» —consignas que, dentro de la tradición de «Pompidou, danos nuestros centavos», se incluían en la «petición al príncipe», y reclamaban la *concesión desde arriba* de satisfacciones inmediatas y limitadas—, el 15 de mayo, después de la ocupación de las facultades y del Odeón, la ocupación de las fábricas constituía un eco de la insurrección estudiantil: la clase obrera tomaba espontáneamente el poder, a su manera en los centros de producción. Su acción no tenía otro contenido que ella misma, es decir: la toma del poder, la negación de las relaciones sociales y de producción capitalistas.

2) A diferencia de la insurrección estudiantil que con el apoyo de una parte de los profesores podía tomar el poder en la Universidad y hacerla funcionar en contra de la lógica de la sociedad circundante y de su Estado sin que este fuese alcanzado mortalmente en lo inmediato, el levantamiento obrero no podía hacer lo mismo en los centros de producción con el apoyo de una parte de los cuadros, sin que este poder obrero, al volverse una negación positiva, no atentase contra la propiedad capitalista y no se lanzase a la conquista del Estado. Esta conquista no podía llevarse a cabo mediante el tipo de acciones espontáneas que había conquistado la Universidad: suponía una estrategia política, es decir, la existencia de una organización revolucionaria.

a) Esta organización, de haber existido y de haber ejercido su influencia en los comités de huelga y en los comités locales, hubiera podido instalar por todas partes centros de poder obrero y popular antes de que el Estado tuviese tiempo de reaccionar; hubiera podido romper los principales soportes del Estado capitalista antes de verse obligado a realizar y ganar contra él la prueba de fuerza final; hubiera podido coordinar desde la base la toma de control de complejos enteros del aparato de

producción, distribución y administración impulsando, en todos los lugares donde los trabajadores estaban preparados para hacerlo, el paso, mediante la autogestión obrera, de la ocupación de las fábricas *paradas* a la nueva puesta en marcha y a la reorganización interna de las empresas ocupadas. Estas «huelgas de gestión», experimentadas en Francia y en Italia a principios de los años 50, hubieran tenido el mismo efecto de ruptura político ideológica que la organización de una contrauniversidad.

Aunque no sea generalizable, este giro de las huelgas era posible tanto en las industrias técnicamente avanzadas como en muchos de los grandes servicios públicos (correos, transportes, administraciones municipales, radiotelevisión). En especial, la huelga de los transportes colectivos hubiera podido tomar la forma de una autorganización de transportes públicos gratuitos por parte de los trabajadores en huelga, prefigurando así el nuevo estatuto de un servicio no comercial. La huelga de gestión en los sectores petrolero, petroquímico, de construcción eléctrica, etcétera, hubiera prefigurado su necesaria socialización. La organización del abastecimiento de las ciudades por los comités de huelga, en unión con las cooperativas campesinas y los comités locales, hubiera prefigurado la eliminación de la especulación comercial y la socialización de la distribución. Siendo condición de la duración ilimitada de la huelga, la gestión social de una parte de la economía hubiera sido igualmente su resultado.

En todas partes, la huelga, acompañada de ocupación hubiera podido ir acompañada de una reorganización del trabajo y de los talleres, de la definición de nuevas formas o ritmos de producción, de la abolición de las relaciones jerárquicas, de la transformación de las relaciones entre trabajadores manuales y no manuales, de la eliminación de cuadros despóticos o incompetentes y de la promoción inmediata de nuevos responsables de taller y de empresa, con un llamado a la colaboración de estudiantes, profesores e investigadores con capacidades que sirvieran para el buen éxito de la experiencia.

Siendo empresa de liberación y de autoeducación de los trabajadores al mismo tiempo que toma parcial del poder por la clase obrera, la ocupación de las empresas y el inicio de su autogestión habrían permitido, a la vez: satisfacer, por autodeterminación de la base, ciertas reivindicaciones de los trabajadores, sin esperar el consentimiento del patronato y del Estado; poner en huelga al país sin que los productos vitales llegaran a faltar; rechazar toda negociación con el Estado burgués y la clase

patronal, y lograr su abdicación aprovechando el tiempo para la autorización del proletariado y de sus aliados, para la instauración, en todos los niveles, de focos de democracia directa y de poder popular, y para la elaboración, en todas las escalas y todos los sectores, de objetivos y métodos de la sociedad poscapitalista.

b) La enumeración de esas posibilidades, reunidas a partir del 15 de mayo, permite medir la falta de preparación ideológica, política y de organización de los partidos y sindicatos que se presentan como guías de la clase obrera. Ninguno de ellos intentó dar perspectivas revolucionarias ni conciencia, tanto de sus posibilidades como de su sentido profundo, a la huelga generalizada y potencialmente revolucionaria. Todo el trabajo de reflexión, elaboración y transformación radical llevado a cabo por estudiantes, profesores, arquitectos, médicos, escritores, artistas, cuadros científicos y técnicos, periodistas, se hizo fuera, incluso contra el partido de la clase obrera que durante 10 días se empeñó en asignar a la insurrección universitaria objetivos de reformas inmediatas y limitadas (ejemplo, la presentación por *L'Humanité* de la «reforma a los exámenes» elaborada por los profesores comunistas), y a los trabajadores que ocupaban las fábricas, objetivos reivindicativos tradicionales, «alimenticios» y uniformes, negociables «arriba» con gobierno en turno, como si la preocupación principal del Partido y la CGT hubiese sido la de contener el movimiento, de impedir una revolución, de evitar la caída del régimen y el Estado burgués, y de posponer para una época posterior toda transformación, cuando esta pudiera ser decidida, limitada, otorgada y ejecutada desde arriba, en frío, por un aparato estático, nuevamente amo del país. Las direcciones del PCF y de la CGT (esta con un furor obrerista que sobrepasó, en la denuncia de toda iniciativa que no provenía de ella misma, el primitivismo que le es propio) se revelaron como las principales fuerzas de orden antirrevolucionario de la sociedad francesa. Creyendo alinearse con la masa y seguirla en lugar de impulsar su iniciativa, y de dar a su lucha perspectivas y medios de expresión y de experimentación, los organismos fueron constantemente precedidos y empujados por las acciones inventadas en la base, la que, al rechazar los protocolos de acuerdo del 27 de mayo, hizo aparecer en toda su evidencia el abismo existente entre un proceso abiertamente revolucionario por su amplitud, sus métodos, sus objetivos inmediatos (1 000 francos de salario mínimo, semana de 40 horas, poder obrero en las empresas, son para Francia reivindicaciones incompatibles con el

mantenimiento del orden capitalista), y el pobre 10 % de aumento que resultaba de las promesas imprecisas con las cuales la CGT creyó poder apaciguar a la clase obrera.

3) La mayor preocupación de los aparatos del movimiento obrero, mientras duró la fase aguda de la crisis, fue la de dar seguridades no solamente a los socialdemócratas y centristas sino incluso a la clase patronal misma. Desde el 23 de mayo, la dirección de la CGT intentó entablar un contacto directo con la CNPF (el organismo patronal) con el fin de darle seguridades de viva voz acerca de las intenciones de los dirigentes comunistas y darle garantías concretas en cuanto a su voluntad, expresada ya públicamente antes de esta fecha, de negociar con el patronato sobre una base reivindicativa clásica.

Evidentemente, el análisis de la dirección comunista era que no convenía comprometer, debido a «imprudencias» o incluso por el aprovechamiento de una situación revolucionaria, la alianza política y parlamentaria que se había delineado entre el PCF y la Federación de Izquierdas; que no convenía dar a esta ningún pretexto para poner en duda la respetabilidad del PCF, su sentido de la legalidad y el orden, su rechazo a los métodos revolucionarios y a la revolución misma, su lealtad de futuro socio en un gobierno reformista. Todavía más: no convenía que los comunistas se presentasen como la fuerza principal del movimiento en curso, ni que se apropiasen de la dirección, el mérito y, posteriormente, del beneficio electoral, puesto que si se volvían o aparecían como la fuerza principal de la izquierda, sus futuros socios reformistas podrían dar pie atrás temiendo una alianza desigual, y abandonar en su aislamiento a un PCF que se hubiese vuelto inquietante debido a su excesiva fuerza.

De esta manera, con el fin de dar seguridad a sus futuros socios del gobierno burgués, el PCF se retrasó en muchos aspectos en referencia a ellos y manejó hasta el 26 de mayo (fecha en la cual Garaudy, en nombre del buró político, hizo una tentativa sin consecuencias por rectificar la línea), con una brutalidad y una grosería muy estalinianas, la injuria y la denuncia contra las vanguardias, intelectuales o no. En numerosas ocasiones el PCF demostró que podía poner el terror estaliniano al servicio de una línea conservadora, y, para defenderla, impedir el ejercicio de las libertades de reunión, de palabra y de prensa, entregar a los estudiantes a manos de la policía (en Lyon), aprobar la decisión (juzgada

inadecuada hasta en los medios degaullistas) del primer policía de Francia de prohibir a Cohn-Bendit la entrada al territorio francés.

De esta manera para facilitar las oportunidades futuras de una política reformista, el PCF rechazó las oportunidades presentes de una revolución socialista. Las rechazó con métodos y con un estilo que no darán seguridades ni a sus enemigos de siempre ni a sus aliados potenciales.

De esta manera, actuando en función de un análisis de hace años, que preveía la inserción parlamentaria del PCF en el juego político, la extinción normal de la V República, una transición ordenada hacia la VI y la asociación de los comunistas en un gobierno de reformas limitadas y progresivas, el PCF rehusó aprovechar la crisis de mayo. Rehusó creer en la posibilidad de esa crisis (tomando sus distancias en relación con la insurrección estudiantil); luego rehusó creer en la realidad de esta crisis (presionando para entablar negociaciones con un régimen moribundo); y, por fin, rehusó creer en las potencialidades de esta crisis, es decir, en la toma revolucionaria del poder por la clase obrera. Esta, inspirada por la victoria de los estudiantes sobre el poder y, en algunos lugares, por su propaganda directa, servía a las fuerzas socialistas una revolución en bandeja de plata. El acontecimiento no cabía dentro de los esquemas preestablecidos: se rechazó la bandeja para ofrecer a la clase obrera un 10 % de aumento nominal de salarios y la perspectiva de un dudoso triunfo electoral y de reformas que dejaban el socialismo para un futuro muy impreciso.

4) El tipo de partido y el tipo de acción capaces de conducir a una crisis revolucionaria fueron definidos por su ausencia durante el curso de estos acontecimientos:

a) El partido revolucionario de nuevo tipo no puede contentarse con ser una organización estructurada y centralizada, concebida con vistas a conquistar el aparato estatal mediante un proceso legal. Tal conquista, o bien será siempre imposible, o bien se volverá posible por un golpe sorpresivo, pero entrañará siempre riesgos políticos (pérdida de aliados necesarios para el ejercicio normal de un poder parlamentario) y militares (chantaje de guerra civil) que el partido tipo clásico rehusará en virtud de sus opciones y de su misma naturaleza.

b) La toma del poder no puede ser el resultado de un proceso revolucionario que se desarrolle de la periferia hacia el centro. El Estado no puede ser conquistado por una confiscación, pacífica o no, que deje sin modificar sus «palancas de comando». Su conquista será el resultado de

su desintegración y de su parálisis posteriores al surgimiento de poderes populares autorganizados en las fábricas, administraciones, servicios públicos, municipios, ciudades, regiones. La toma del poder a nivel de los centros de decisión y de producción, materialmente al alcance de los trabajadores agrupados, es la que, vaciando al Estado burgués de su sustancia, permitirá finalmente romper su resistencia. La revolución, ahora como en 1917, descansará en un comienzo sobre la iniciativa de las masas, sobre el ejercicio del «doble poder» por parte de los comités de acción (o soviets) de los huelguistas, los estudiantes, los municipios.

c) En consecuencia, la acción del partido revolucionario de nuevo tipo descansará no sobre militantes disciplinados y comandados por un aparato central en su actividad cotidiana, sino sobre activistas locales capaces de juicios y de iniciativas autónomas de acuerdo con las condiciones locales, capaces de suscitar y animar las discusiones en asambleas libres, la autorganización y la autodeterminación de ciudadanos agrupados, la toma de control por parte de ellos mismos de sus condiciones de existencia colectiva. Sin embargo, el aparato central del partido no se vuelve superfluo, sino que su función se reduce a coordinar las actividades de los activistas locales gracias a una red de comunicaciones y de información; elaborar perspectivas generales y soluciones específicas sustitutivas en todos los ámbitos institucionales, especialmente en materia de planificación económica socialista; promover la formación de equipos capaces de poner en pie y de hacer funcionar las instituciones centrales de la sociedad revolucionaria.

5) Hasta ahora ha sido indudable que nada era posible sin el Partido Comunista Francés y la CGT en su forma actual. Desgraciadamente la primera afirmación sigue siendo cierta aun cuando la segunda se impone. Es necesario pues que cambien el PCF y la CGT, pero ciertamente no lo harán por sí solos. Ello solo podrá producirse bajo la presión revolucionaria de la base y de los acontecimientos. Mas ¿no está excluida esta posibilidad, tal vez por mucho tiempo, por el reflujo que organizan e intentan enmascarar las direcciones sindicales?

Sin embargo, de las elecciones —si se las gana contra el degaullismo— puede resultar también un retorno a la ofensiva. Sería en efecto absurdo desintegrarse de ellas identificando a los adversarios, cómplices «objetivamente» (como solían decir aquellos que ahora merecen que se les devuelva este tipo de argumento). No es que haya que hacerse muchas ilusiones acerca de las virtudes de un gobierno surgido de elecciones

ganadas por la «izquierda», pero una salida de la mayoría actual parecería justificar la política del PCF, lo ratificaría en su voluntad —más bien su sueño y prácticamente su rechazo— de no decidir la revolución más que desde arriba. La llegada al Parlamento de una mayoría de izquierda obligaría a De Gaulle, por el contrario, a combatirla tanto abierta como ilegalmente o a abandonar el poder; crearía la posibilidad de desarrollos imprevisibles y de esta manera otorgaría a la acción de las vanguardias y luego de las masas las oportunidades que los aparatos escleróticos acaban de hacerles perder.

El sistema capitalista ha sufrido una ruptura de equilibrio que agudizará durante mucho tiempo sus contradicciones; esto provocará una sucesión de crisis e intensificará la lucha de clases. Los aumentos de salarios que acaba de conquistar la clase obrera son de tal amplitud que el sistema no podrá absorberlos sobre la base de sus estructuras actuales ni podrá restablecer su equilibrio en un nivel superior. La clase patronal intentará recobrar por todos los medios una gran parte de lo que acaba de verse forzada a conceder. La política económica del régimen se ha vuelto no viable. Ningún gobierno, aunque fuese «popular» estaría en capacidad el año próximo de hacer funcionar, conforme a su lógica interna, el capitalismo francés cuya rigidez y estrechez de límites de concesión son notorias.

La clase obrera francesa se verá pues conducida a poner en cuestión cada vez más conscientemente un sistema que acaba de sacudir sus conquistas limitadas y en el marco del cual estas no podrán ser salvaguardadas ni *a fortiori* ampliadas. Miles de nuevos jóvenes militantes, más radicales que sus padres, acaban de surgir y de descubrir su misión; centenares de miles de trabajadores acaban de politizarse y de descubrir un campo de posibilidades de una extensión hasta ahora insospechada. Deshaciéndose en caso necesario de sus dirigentes, continuarán el combate o lo retomarán en la primera ocasión. Aunque fallida, la insurrección de mayo fue un comienzo.